

ALBERTO  
VÁZQUEZ-FIGUEROA

# ÍCARO



El protagonista de Ícaro es un personaje real, el aventurero y pionero de la aviación Jimmie Angel (1899-1956). Héroe de la Primera Guerra Mundial, piloto personal de Lawrence de Arabia y compañero de escuadrilla del mítico Roland Garros, su afán aventurero le llevó a internarse, en 1937, en el corazón de la Guayana venezolana en busca de oro y allí descubrir uno de los parajes más hermosos del planeta y que desde entonces lleva su nombre: El Salto del Ángel.

Alberto Vázquez-Figueroa ha escrito una magnífica novela, una historia de lucha, supervivencia y aventuras insólitas que intenta hacer justicia a la memoria de este hombre extraordinario e injustamente olvidado, el único que consiguió sobrevivir a nueve accidentes aéreos y al arte de volar a los doce vientos.

*All Williams, John McCracken, Jimmie, Virginia y Mary Angel, Dick Curry, Félix Cardona, Gustavo «Cabullas» Henry y Miguel Delgado existieron realmente.  
Esta novela pretende ser parte de su casi increíble historia.*

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO PRIMERO

**U**na bandada de ibis rojos alzó el vuelo. Eran como parpadeantes llamas que se deslizaran sobre el verde manto de la selva.

Se dirigían al norte.

Del este llegaban cansinas garzas blancas y en un momento dado se cruzaron.

Los ibis rojos a media altura, y las garzas blancas casi rozando con sus largas patas las copas de los árboles.

Verde, rojo, blanco, y aquí y allá el amarillo o el violeta de abiertas orquídeas conformaban un multicolor mosaico bajo el azul añil de un cielo por el que no se deslizaba a aquellas horas ni la más minúscula nube.

Ni la sombra de un halcón.

Ni una águila.

Ni siquiera un negro zamuro.

Paz.

Paz sobre los cielos de la selva y sobre la superficie de las aguas del ancho río que serpenteaba sin otra preocupación que lanzar destellos plateados a las garzas y los ibis que lo sobrevolaban en aquellos instantes.

Luz, calma y color a cien metros de altura.

Pero más abajo, en cuanto las anchas hojas de los árboles tamizaban la luz del violento sol de las alturas, y cada rayo tenía que luchar abriéndose paso en un vano intento por alcanzar la tierra, la moneda comenzaba a girar sobre sí misma, puesto que esa luz se convertía metro a metro en

penumbra, el color en matices de un gris opaco y denso, y la calma no era más que el disfraz tras el que trataban de ocultarse la muerte y la violencia.

El marrón oscuro, entremezclado de hojas putrefactas y restos de frutos que conformaban la pasta fangosa en que el transcurso del tiempo y las infinitas lluvias habían convertido los suelos de la jungla, se vistió de gala con el silencioso paso de una ponzoñosa coral de brillantes anillos rojos y negros que desapareció al instante en la húmeda cavidad de un tronco muerto hacía ya muchos años.

Un tucán espiaba girando apenas la cabeza.

Un mono aullador de rojiza barba se agitaba inquieto en una rama.

Un perezoso decidió avanzar unos milímetros sus fuertes garras con la intención de aferrarse a una rama y continuar su paciente ascensión hacia la lejana copa de un araguaney.

Llegaron las nubes.

Y con ellas la lluvia.

Y con ellas la eterna canción de la foresta, el incansable «tam-tam» de millones de gruesas gotas de agua que golpeaban contra una ancha hoja, se deslizaban por ella, caían al vacío, golpeaban contra otra hoja, se deslizaban por ella y volvían a precipitarse una vez más al vacío, y así a lo largo de cincuenta o sesenta metros en los que su camino hacia el fangoso suelo podía verse interrumpido en infinidad de ocasiones.

Cada pequeño golpe hubiera sido apenas perceptible, pero la orquesta en pleno, la mayor de las orquestas conocidas ensordecía a las bestias.

Luego un trueno lejano.

Y el chasquido de un rayo.

Y el crujir de un gigante que había tardado un siglo en alcanzar el cielo y ahora ese cielo lo abatía en décimas de segundo.

Agua.

Y agua.

Y más agua.

En el río.

Y en el fango.

Y en el aire.

Agua en la piel, y en la carne, y en los huesos.

Chapotear de pies descalzos en los charcos, ruido de ramas al quebrarse, aleteo de cotorras alarmadas, y al fin un hombre jadeante y empapado hizo su aparición tras un grueso samán, lanzó un apagado reniego y suspiró todo lo profundamente que dieron de sí sus pulmones.

Flaco, casi esquelético, con los ojos enrojecidos, oscuras ojeras y las piernas plagadas de llagas supurantes, semejava un cadáver cubierto de jirones, y la primera impresión que ofrecía al verle, era la de que había llegado hasta allí para dejarse caer de bruces y morir en lo más intrincado de la floresta.

Pero no se derrumbó.

Se limitó a recostar la espalda en el samán y alzar los ojos buscando orientarse allí donde todo sentido de la orientación se perdía de inmediato.

Cada árbol era siempre idéntico a otro árbol.

Cada rama a mil ramas.

Cada hoja a un millón de millones de hojas.

Cada rayo de luz imitaba al anterior, y éste al siguiente.

La monotonía de la selva superaba con mucho a la del desierto y con frecuencia a la del mar.

La monotonía de la selva desconcertaba y enloquecía.

La monotonía de la selva se cobraba más vidas que las serpientes, arañas o jaguares.

Pero aquel hombre; aquella sombra de hombre; aquel triste despojo de lo que debió de ser mucho tiempo atrás un hombre, estudiaba su entorno con la tranquila parsimonia que únicamente proporcionan los años de experiencia, y al fin alzó el brazo armado de un largo machete cuya ancha hoja había quedado ya reducida al mínimo de tanto y

tanto ser afilada, para grabar una ancha muesca a la altura de su cabeza.

Continuó su marcha.

Sin ansiedad y sin prisas, con el aburrido paso de quien ha dado ya infinidad de pasos semejantes, y su perseverancia alcanzó al fin su premio, puesto que media hora más tarde la espesura se abrió ante él como el lujoso telón de un gigantesco teatro para permitirle asistir al más fabuloso espectáculo que hubiese visto jamás hombre blanco alguno.

Boquiabierto, tomó asiento en una gruesa rama, se pasó una y otra vez la mano por la reluciente calva, parpadeó incrédulo, murmuró algo muy por lo bajo, y permaneció casi una hora como hipnotizado, incapaz de aceptar que no estaba soñando.

Y es que lo que estaba contemplando superaba a decir verdad el más loco de los sueños.

—¡Era verdad! —musitó al fin casi entre dientes—. Era verdad. El Río Padre de todos los Ríos nace del cielo.

A los pocos instantes se puso en pie y regresó sobre sus pasos.

Pero ahora sí que parecía tener prisa, puesto que las sombras de la selva ganaban en intensidad reclamando la urgente presencia de la noche.

Los últimos metros los recorrió a trompicones, cayendo y levantándose, resoplando y maldiciendo, pero ya casi en tinieblas, alcanzó la ribera de un riachuelo, y se dejó caer junto a una desvencijada piragua de madera de chonta desde cuya proa otro hombre de aspecto cadavérico, inquirió con un hilo de voz que parecía surgir de ultratumba:

—¿Qué te ocurre? Se diría que acabas de ver al mismísimo demonio.

El calvo al que se le advertía extenuado, tardó unos instantes en recuperar el aliento, y por último replicó roncamente:



—Al mismísimo demonio no, pero sí al mismísimo Río Padre de todos los Ríos.

Su debilitado interlocutor le dirigió una larga mirada y pareció comprender que hablaba en serio.

—Luego también era cierta esa leyenda.

El recién llegado asintió con un levísimo ademán de la cabeza:

—Nace del mismísimo cielo y es sin lugar a dudas lo más hermoso que jamás haya visto.

A continuación cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

John McCracken ni se movió siquiera.

Se encontraba demasiado débil como para intentar abandonar la embarcación, por lo que se limitó a contemplar el desmadejado cuerpo de su amigo, consciente de que cuando, como en aquella ocasión, le vencía el agotamiento, nada ni nadie sería capaz de obligarle a salir de su sopor.

Eran muchos los años que llevaban juntos.

¡Demasiados!

—¿Diez? ¿Doce? ¿Quince...?

Había perdido tiempo atrás la cuenta, aunque en realidad lo que había perdido era la noción del tiempo.

Y es que no tenía ni la más remota idea de en qué día, de qué mes, de qué año vivían.

Lo único que recordaba con certeza era que en el otoño de 1902 había desembarcado con All Williams en el tórrido y fangoso puerto de Guayaquil con la decidida intención de reencontrar el fabuloso tesoro de Rumiñahui, que según las viejas crónicas continuaba oculto en una inmensa cueva de la región de los Llanganates, en plena Amazonia ecuatoriana.

A finales de 1700, dos marineros —escoceses como él — habían regresado a Londres cargados de diamantes y esmeraldas, y asegurando que lo que habían tenido que

dejar en aquella lejana cueva no conseguirían transportarlo ni cien hombres.

Mes tras mes, año tras año, fracaso tras fracaso, aquella maldita selva de la serranía ecuatoriana, la más dura e inhóspita que existía sobre la faz de la tierra; aquella que tan sólo monos, jaguares y murciélagos-vampiros se atrevían a poblar, los había ido consumiendo y doblegando, hasta acabar por expulsarlos de su seno convertidos en un vago recuerdo de los muchachos, fuertes, valientes, inconscientes y animosos que habían osado penetrar en ella repletos de ilusiones.

Tuvieron que contentarse con arrancar polvo de oro a las aguas del río Napo, rompiéndose las espaldas en un trabajo arduo y miserable con el exclusivo fin de ahorrar unas monedas con las que recomponer su equipo, adquirir nuevas armas, y continuar su desesperante viaje río abajo, hasta alcanzar la confluencia del Napo con el imponente Amazonas.

Por el Amazonas descendieron hasta Manaos, antaño portentosa ciudad gracias a la fiebre del caucho, y seis meses después subieron por el río Negro hasta las ignotas serranías —siempre envueltas en brumas— del terrorífico Escudo Guayanés, una remota región de la que se aseguraba que «los hombres muy, pero que muy valientes» conseguían hacer fortuna con el oro y los diamantes.

¿Cuántos años habían pasado?

¿Cuántas fatigas, cuántas enfermedades, cuántas noches de insomnio y desesperación al comprender que estaban perdiendo lo mejor de su vida en pos de una absurda quimera?

¿Cuántos miles de kilómetros recorridos?

¿Cuánto calor y cuánta hambre?

¿Cuántas picaduras de insectos y cuántas infecciones?

Pero durante todo ese tiempo, ¡abominables tiempos!, cuánta amistad y cuánta fidelidad el uno al otro.

Ni un solo gesto desagradable; ni la más leve palabra de reproche; ni tan siquiera un pensamiento de rebeldía ante la evidencia de que era la tozudez del uno lo que alimentaba día tras día la tozudez del otro, a la espera de que al fin cualquiera de ellos exclamara:

—¡No puedo más!

Pero ¿cómo decirlo?

¿Cómo poner fin a un sueño tan largamente acariciado?

¿Cómo hacerse a la odiosa idea de regresar derrotados a una civilización a la que ya nada los unía?

Eran hombres de selva y de montaña; de soledad y largas vigili­as en las que uno permanecía siempre despierto con el oído atento y el arma a punto mientras su compañero descansaba; de amistad tan sincera y tan profunda, que en ningún otro lugar de este planeta podría alcanzar tal grado de intensidad como en aquellas salvajes tierras dejadas de la mano de Dios y de otros hombres.

El galés All Williams y el escocés John McCracken pertenecían a esa extraña raza de pioneros a mitad de camino entre desesperados buscadores de fortuna y románticos aventureros, para los que tanto valor tenía una gruesa pepita de oro o un fabuloso diamante, como una inexplorada montaña o una ignota tribu de caníbales.

Su ambición iba por tanto más allá del simple enriquecimiento material, y lo que en verdad demostraban era una insaciable sed de nuevas emociones, de paisajes distintos y de conocimientos que estuvieran fuera del alcance de cualquier otro ser humano.

Pero ahora estaban cansados.

Muy cansados.

Y enfermos.

Muy enfermos.

La jungla acostumbra a cobrar un costoso tributo, y por fuerte que sea el cuerpo de un hombre y templado su espíritu, llega un momento en que el calor, la humedad, la fie-

bre y los mosquitos acaban por pasar factura quebrando el ánimo y agotando los músculos.

¡Y se encontraban tan lejos de casa...!

¿Qué casa, si jamás habían tenido casa?

¡En realidad se encontraban lejos de todo!

En aquel mismo instante, mientras protegía el sueño de su amigo, John McCracken intentaba una vez más hacerse una ligera idea de cuál podría ser el río a cuya orilla descansaban, y hacia qué lugar se dirigiría.

Fluía mansamente rumbo a poniente; lo cual quería decir hacia el interior del continente, y ello venía a significar que andaba en procura de un cauce mayor; tal vez el gran Orinoco, o tal vez el mismísimo río Negro, al que creían haber dejado atrás hacía ya muchos meses.

En el perdido Escudo Guayanés todo se reducía siempre a meras suposiciones, puesto que nunca habían existido mapas, ni marcas, ni senderos, y por no existir ni tan siquiera parecían existir salvajes que pudieran aclarar de dónde venían ni hacia dónde se encaminaban las oscuras aguas.

Acabo de ver al Río Padre de todos los Ríos, había asegurado All Williams antes de caer rendido, pero pese a que llevaran años oyendo hablar de un misterioso «río», nacido al parecer del mismísimo cielo, nadie había sabido aclararles en qué lugar se encontraba ni en qué lugar moría.

Lo mismo podían encontrarse en Brasil, que en Venezuela, Colombia o cualquiera de Las Guayanas, puesto que tras tantos años de vagar sin rumbo ni tropezarse con un interlocutor mínimamente fiable, habían acabado por perder el sentido —no de la orientación— pero sí de las distancias.

Mil millones de árboles.

Diez mil millones de lianas.

Miríadas de arroyos, riachuelos, cascadas y torrenteras.

Un sinfín de pantanos.

Y soledad.

Ésa era la jungla que se extendía desde las costas del Caribe a las márgenes del Río de la Plata, y desde las largas olas del Atlántico a las nevadas cumbres de los Andes.

¡Selva y soledad!

Idénticas palabras a decir verdad, pues no existiendo un lugar en la tierra más densamente poblado por incontables especies —sobre todo de insectos en su mayor parte aún desconocidas— no existía tampoco un lugar más desolado para unos seres humanos llegados de la remota Gran Bretaña.

¡Selva y soledad, soledad y selva!

Siete mil kilómetros de largo por cinco mil de ancho, cuatro veces Europa: quizá treinta veces Escocia.

¿Quién sería capaz de calcularlo sin miedo a equivocarse?

Y a decir verdad, ¿de qué serviría calcularlo si no tenían ni la menor idea de qué era lo que les acechaba más allá del siguiente recodo de aquel río?

Cuando el hombre se enfrentaba a la inmensidad de tan prodigiosa naturaleza, solía actuar de dos formas contrapuestas: o se dejaba abatir, consciente de su absurda pequeñez, o se crecía, convirtiéndose en un coloso frente al que una ceiba de cincuenta metros no aparentaba ser más que un simple matojo.

All Williams y John McCracken habían pasado de uno a otro extremo de ese arco de emociones con excesiva frecuencia, aunque eran más las veces en que el coraje venció al abatimiento, y gracias a ello se encontraban ahora en aquel remoto rincón del macizo guayanés, tras haber recorrido casi seis mil kilómetros de la más densa y peligrosa de las junglas.

Pero ya las fuerzas flaqueaban.

Ya las fiebres y la disentería les habían minado hasta el alma.

Ya las amebas se habían instalado definitivamente en sus estómagos.

Ya las llagas de las piernas supuraban en exceso.  
¡Pero nada de ello importaba en aquellos momentos!  
Contra todo pronóstico habían conseguido la victoria.  
La Gran Victoria.

Una sorprendente, difícil y casi increíble victoria tras un millón de derrotas.

Al amanecer All Williams abrió los ojos y mostró apenas los amarillentos dientes tras su grisácea barba de meses.

—¿En marcha? —inquirió.

—¡En marcha!

El galés empujó al agua la curiara, saltó a popa, empuñó el canaleta y condujo la frágil embarcación tallada a fuego en un recto tronco de oscura madera de palma al centro justo de la corriente con el fin de impedir que una delgada flecha o una afilada lanza surgidas de improviso de la espesura pudiera sorprenderlos.

Fue entonces cuando, sin volverse a mirarle, su amigo le suplicó desde la proa:

—Háblame del Río Padre de todos los Ríos.

—Nace, como dicen, del cielo —fue su respuesta—. De más allá de oscuras nubes, y forma un grueso chorro que a mitad de camino se diluye en una suave llovizna que de nuevo se concentra a ras del suelo...

Guardó silencio.

John McCracken meditó sobre cuanto acababa de decirle, y al rato, visto que había enmudecido, insistió:

—¿Y qué más?

—No hay más. —El galés se encogió de hombros en una clara demostración de impotencia—. Caía la noche y tenía que volver —se justificó—. Se trata de un espectáculo ciertamente hermoso, pero es todo lo que vi. Lo que sí puedo asegurarte, es que se precipita de más de dos mil pies de altura.

—Nadie va a creerte —sentenció el otro.

—¿Tú me crees?

—¡Desde luego!

—Pues con eso basta.

All Williams parecía haberse hecho de antiguo a la idea de que su mundo giraba en torno a aquel con quien llevaba tantísimos años compartiendo infinitas fatigas, y por lo tanto ninguna otra opinión contaba.

Había asistido a un fastuoso espectáculo que al parecer ningún «racional» había alcanzado a ver hasta aquel momento, pero se limitaba a dar constancia de ello con la desconcertante parquedad de palabras que solía ser habitual en su peculiar forma de expresarse, sin concederle a su descubrimiento la más mínima trascendencia.

Como su amigo no dudaría ni por un instante de que su escueto relato se ajustaba a la más estricta realidad, lo que opinara el resto de la gente le tenía absolutamente sin cuidado.

La leyenda era cierta.

El Río Padre de todos los Ríos existía.

Él lo había visto.

En lo que ya no tenía que creer, era en la segunda parte de una leyenda que aseguraba que «aquel a quien le es otorgado el privilegio de ver el Río Padre morirá con la luna llena».

Eso no era, a su modo de ver, más que una estúpida superstición carente del más mínimo fundamento racional.

Existía también una tercera leyenda que aseguraba que Aucayma —la Montaña Sagrada en la que el oro y los diamantes celebraban sus bodas secretas— jamás se dejaría violar por ningún hombre blanco y él la había violado.

John McCracken y él la habían visto, la habían violado, y habían hundido las manos en su oro y sus diamantes.

¡Aucayma!

¡Dios fuera loado!

¡Aucayma!

Cerró los ojos y evocó por enésima vez el mágico momento en que el primer rayo de luz de la mañana se filtró entre dos rocas para iluminar un perdido recodo del arro-